

FLECHAS Y PELAYOS

30 cts.

AÑO V
NÚM. 207

22 DE NOVIEMBRE DE 1942

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN:
MONTE ESQUINZA, 6 --- MADRID
TELÉF. 41046 -- APARTADO 218



...Y se quedó como un «tronco»
entre los troncos.

Y convirtiéndose la piedra en
miraguano.

...Y soñó que la latita de sardinas y su trocito de pan, se habían convertido en deliciosos manjares, que comía dulcemente, sobre el plato y bajo el azul lleno de pájaros....

A. R. T.

CURIOSIDADES



Las mamás negras de Cuba saben muy bien castigar a sus hijos. Si un chiquito desobediente va solo al río, su madre lo coge y le mete la cabeza en el agua, todo el tiempo que pueda resistir sin ahogarse, para demostrarle prácticamente lo malo que es caerse al agua.



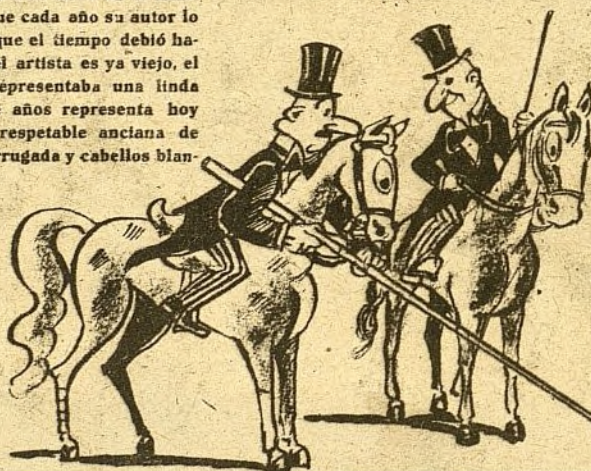
Es tan grande la fuerza que los leones tienen en la dentadura, que cuando se enfurecen, los que están en cautividad, dejan las huellas de sus colmillos bien profundas en los barrotes de su jaula.



Se calcula que en las naciones civilizadas del mundo, se encienden por término medio, tres millones de cerillas, cada minuto.



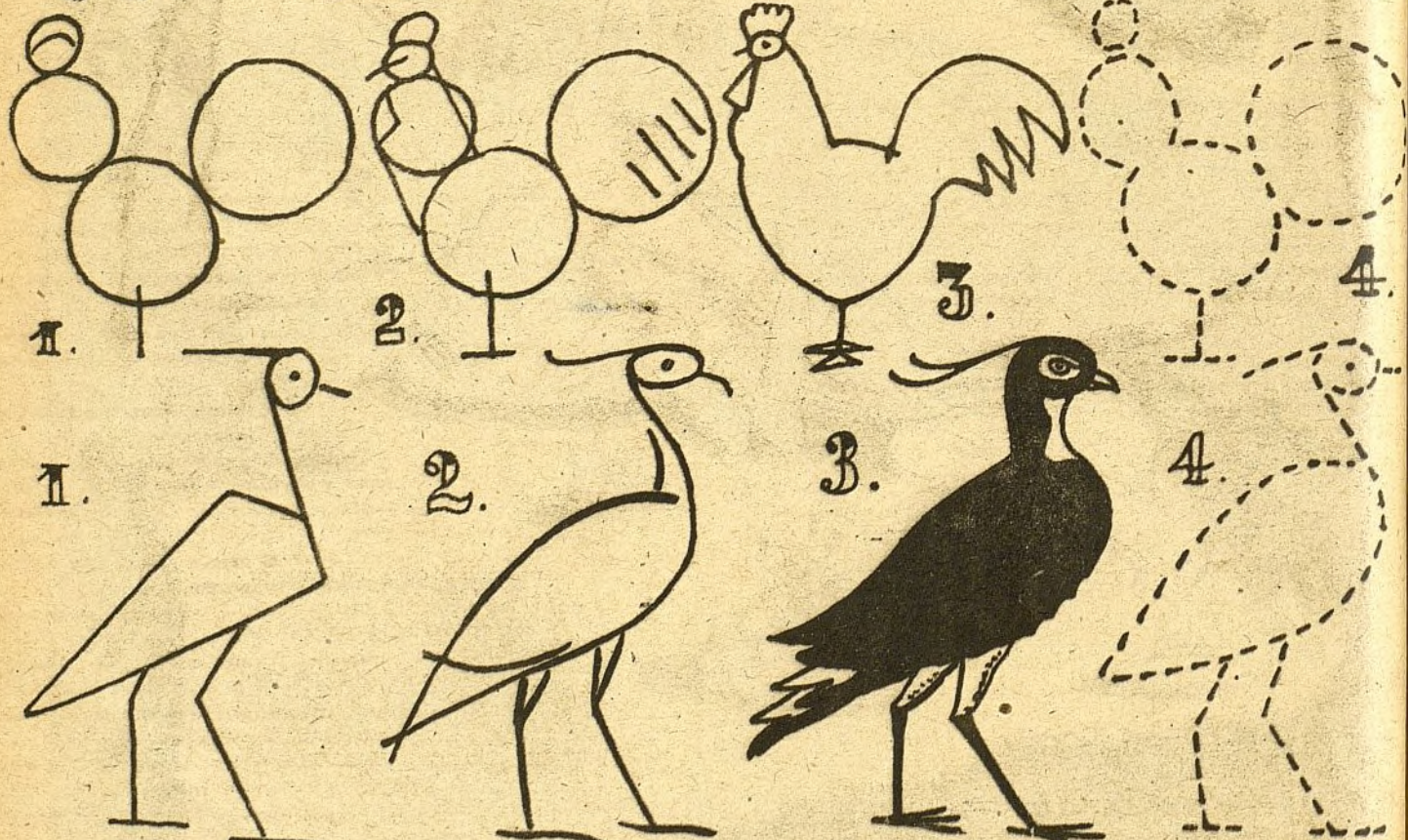
Hay en Washington un retrato al óleo único en el mundo. Su particularidad consiste en que cada año su autor lo retoca, añadiéndole las arrugas que el tiempo debió hacer en el original. Como el artista es ya viejo, el cuadro que antes representaba una linda muchacha de veinte años representa hoy una respetable anciana de faz arrugada y cabellos blancos.



Hace unos años se jugó en Nueva York una partida de billar por dos excéntricos millonarios, montados a caballo, y atravesándose entre ambos la apuesta de tres mil libras esterlinas.



DIBUJO INFANTIL



Hay muchos procedimientos para enseñarnos a dibujar. Hoy os presentamos dos. Uno de ellos, las figuras de abajo, es el que venimos empleando y que ya conocéis. Otro, las figuras de arriba, consiste, como veis, en ir dibujando poco a poco las partes de que se compone la figura completa. En aquel procedimiento la primera figura, aunque sencilla, está completa y se ve lo que quiere representar. En este otro, la primera figura no expresa nada hasta no llegar a la última.

DOCTRINA y ESTILO

TRES LUCEROS EN TU VIDA

Son las tres virtudes que se llaman teologales, tan necesarias para vivir, como los ojos para ver, tan preciosas como el



respirar, tan indispensables como el comer y el dormir. Con ellas todo se iluminará en tu vida; sin ellas todo será oscuridad en la vida y más aún en la muerte.

Primero la fe. Has de creer ciega y resueltamente en Dios y en todas las cosas que Dios te manda creer; con una fe viva

ardiente, que sepa vencer todas las tentaciones del mal. El pecado supone en definitiva una falta de fe.

En segundo lugar, la esperanza, la hermosa virtud, que nos hace pensar que estamos envueltos constantemente en la mirada paternal de la Providencia divina.

No basta con que digas que confías en Dios; debes descansar plenamente en su bondad y en su justicia. Este pensamiento debe llenarte de consuelo en los temores y las tristezas; esta realidad debe servirte de escudo contra las adversidades y los disgustos.

Finalmente, la caridad, caridad con Dios y caridad con el prójimo; una caridad que no ha de consistir únicamente en ayudar al prójimo y socorrerlo, sino en amarlo de corazón deseando que sea feliz, compartiendo sus dolores, gozándose en sus alegrías.

Con estos tres luceros, con estas joyas incomparables, tendréis la mayor riqueza, la alegría y poder más grande que se puede encontrar en el mundo.

OTOÑO

Hojitas verdes verdes
que los árboles cubren,
—nacieron en abril
y mueren en octubre—

Dieron belleza y sombra,
y ocultaron los nidos;
fueron tanto brillante
de pájaros dormidos.

Hojas de color fuego;
son como los barquillos.
Yo sé que están deseando,
ser alfombra de los niños.

Yo sé que están deseando,
poder volar al suelo,
y sentirse pisadas,
por pasitos pequeños.

Tapizar las arenas
del jardín de los cedros,
alfombra para niños,
vuestro último deseo!

Hojas secas, octubre!
—se marcharon volando—

Ya juegan con vosotras,
los pequeños del arco.

Vuestros grandes deseos
ya van siendo logrados.

Gloria Fuertes



Golpes & "tos"



Don Procopio decide llevar a su niño Fernandito ante el profesor y, así, reprenderle al alimón padre y maestro.

Maestro.—Sí, don Procopio, este niño ha de ser un desdichado, si no se corrige.

(El chico, al parecer muy preocupado, con la cabeza agachada).

Don Procopio.—¡En un correccional dará con sus huesos!..... ¡Es intolerable su manera de proceder!.....

(El chico, al parecer, sigue muy preocupado, con la cabeza agachada).

Maestro.—Eso aconsejo a usted, don Procopio, y al corriente le tendré de su comportamiento, para que usted decida cuanto antes.

(El chico, al parecer, sigue muy preocupado, con la cabeza agachada).

Don Procopio.—¡Y su pobre madre morirá de pena!.....

Maestro.—Y usted, don Procopio, y usted.

(Como el chico continúa con la cabeza baja, al parecer muy preocupado, dice don Procopio confidencialmente al profesor):

—¿No le parece a usted que ya fué suficiente? ¿Que el niño ha reflexionado?

Fernandito, siguiendo muy desenvuelto, pregunta decidido, a la vez que señala el punto donde miraba:

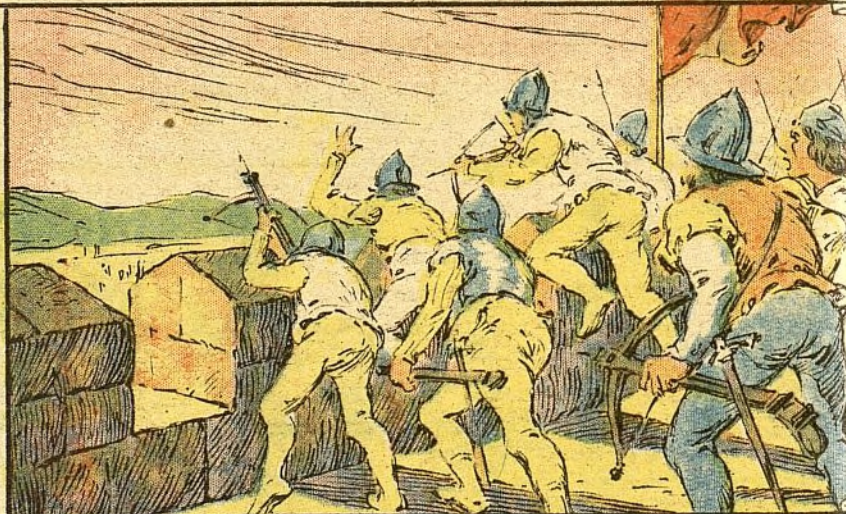
—¿A que no saben ustedes cuántas hormigas han entrado en ese agujero?

Gonzalo Fernández de Córdoba "EL GRAN CAPITAN"

Por GONZALO MORIS MARRODAN.

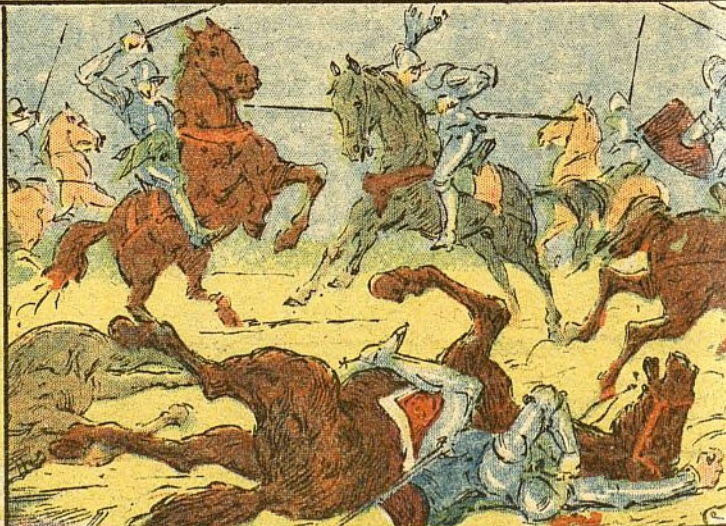
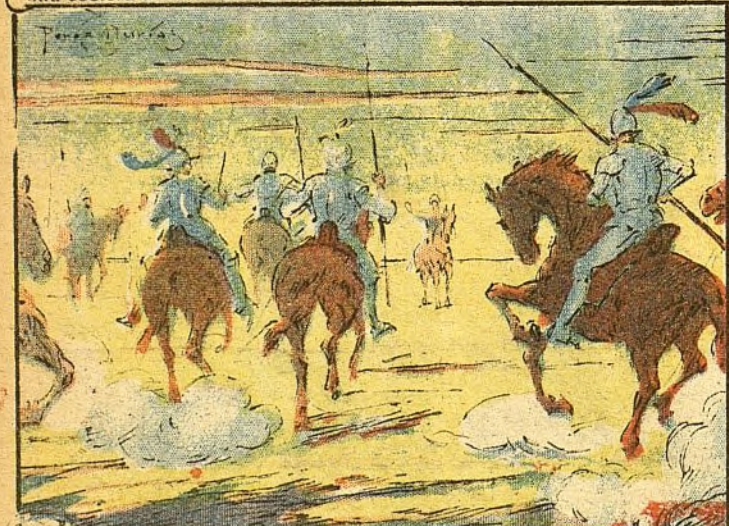


Sosegado el motin y aprovisionado el campamento por una galera que arribó al puerto, Gonzalo, en un rasgo de osadía, hizo trasladar sus buques por una estrecha lengua de tierra, a una ensenada del norte de la ciudad, que sorprendida por tan audaz maniobra, que la atacaba en su única defensa, se rindió el 1 de marzo de 1502.



Tomada Tarento y rendida Manfredonia, surgió entre los aliados la ruptura prevista por Gonzalo de Córdoba. Pero, inferior éste en hombres y pertrechos y, en espera de refuerzos, refugióse en Barleta, ciudad costera acertadamente elegida para la defensa.

Luis XII de Francia daba por descontada la expulsión de los españoles del reino. Ordenó el ataque a Barleta y partió a su país. Encerrados en aquella fortaleza acreditaron los españoles su heroísmo en la defensa, como tenían demostrado su valor en el ataque.



Durante el asedio tuvieron lugar encuentros y desastros famosos. Sostuvieron los franceses que los españoles les eran iguales a pie pero inferiores a caballo. Gonzalo envió once de sus hombres contra igual número enemigo aceptando el reto. La consigna fue dada por el Gran Capitán al despedirlos: «Morir antes que volver sin la gloria de la batalla».

Tras lucha durísima los españoles consiguieron desmontar siete de los contrarios contra dos de los suyos. Diéronse unos y otros por satisfechos con la declaración de su igualdad en la lid. Mas, García de Paredes, irritado con el fallo continuó solo la lucha, sin armas y herido, con las piedras que marcaban el campo.



EL FLECHA GUERRERO EN UN PAIS DE QUIMERA

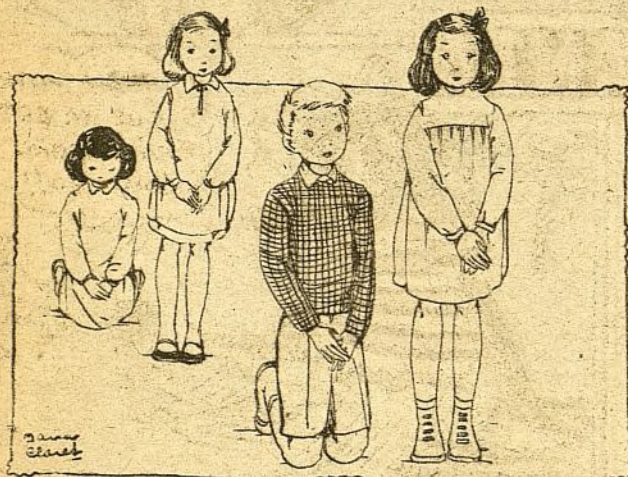


(CONTINUAR)

Religión

¡Con lo fácil que es rezar!

Orar es levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes. Para rezar bastan dos cosas: sentirse necesitado y conocer que Dios es rico, poderoso y bueno. Cuando estos dos pensamientos se juntan en un alma, brota en ella la oración, como la chispa eléctrica al contacto de los polos opuestos de dos cables: el positivo es el «Dador de todo bien», el negativo es el hombre miserable. Para hablar a los grandes del mundo hay que aguardar su audiencia y



saber el tratamiento de su categoría, mucho superlativo: «Excelentísimo», «Eminentísimo», «Ilustrísimo»... y hay que cogerles de buen humor. Para Dios Altísimo no se precisan tantos requirimientos. Está presente en todo lugar, dispuesto siempre a escucharnos, presto a favorecernos, animándonos: «Pedid y recibireis».

Así lo entendía la fe de un pobre rústico más bueno que los bizcochos. Iba todos los días a la iglesia de un convento. Se admiraba de la salmodia que cantaban tan devota y armoniosamente los monjes en el coro. El no sabía el latín de aquellos sabios. Veía

a los piadosos fieles musitar sus plegarias con los ojos metidos en los devocionarios. El ni sabía deletrear. Pero no se desanimaba. Clavadas sus rodillas en el suelo, su vista en el Sagrario, sus manos en el reclinatorio, recitaba su oración: «Señor, aquí está Juan», «Señor, aquí está Juan». No salía de estas palabras. Ni falta que le hacían. Ellas tan simples, tan cortas, tan ingenuas, compendaban las mejores cualidades de la mejor oración. Se contentaba con que Dios le viera. Se entregaba de lleno a la divina voluntad. El no pedía nada, no quería nada. Lo que el Señor quisiera. Con ponerse delante de El, humilde y confiado, lo conseguiría todo. Lo ha dicho Jesucristo: «En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras. No queráis, pues, imitarles, que bien sabe vuestro Padre lo que ha menester, antes de pedirselo. Los hipócritas «de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa».

Los apóstoles, mudos y sencillos, comprendían la necesidad de la oración, pero se enredaban en aquellas fórmulas de enrevesadas y teatrales preces que reprochaba su Maestro. Este oraba de una manera especialísima, muy diferente de la de los fariseos, más suave que la de los discípulos del Bautista. Por eso un día, al terminar Jesús su oración, le rogaron: «Señor, enséñanos a orar». Y Jesús les respondió: Cuando os pongáis a orar habéis de decir «Padre nuestro, que estás en los Cielos»....

He aquí, hijo mío, la más sublime plegaria que jamás oyó el mundo, la que más llega al corazón de Dios, la que resume todas nuestras aspiraciones y esperanzas. Un «Padre nuestro» bien rezado cada día, nos hará completamente felices y santos.

V. Franco, C. M.



Espejo de Juventudes

¡Me voy con los míos!

Combata «á fortiori» con el empleo de cabo en las filas marxistas un simpático muchacho que sentía unos deseos locos de pasarse a los soldados de Franco. Y en cuanto se le presentó una ocasión lo hizo, y por cierto de manera ingeniosísima y jugando la piel.



Tenía a su cargo el mando de una avanzadilla y se las arregló como pudo para convencer a sus compañeros de que había que llevar la ametralladora a determinado sitio avanzado para batir mejor a «los facciosos» más allá de las alambradas.

—Claro—decía—que esto es muy peligroso; pero hay que hacerlo. Y pidió voluntarios para este servicio. Ningún miliciano dio «un paso a frente».

—¡Ah!... ¿No hay ninguno que quiera venir conmigo?... ¡Pues sois unos cobardes!... ¡Pero, está bien; iré yo sólo!

Y convinieron en la manera de proceder para obtener el mejor éxito en su empresa: el cabo, a medida que avanzara, preguntaría a sus hombres en voz alta si le veían o no. Llegó el amanecer y el bravo muchacho se dispuso a dar comienzo a su difícilísima misión.

Pegado el cuerpo a la tierra avanzó y lanzó la pregunta convenida:

—¿Me veis?...

—Sí!...—contestaban de la avanzadilla roja.

Nuevo avance del cabo y otra vez la misma pregunta.

—¿Me veis?

—Apenas te vemos ya.

Y siguió avanzando nuestro hombre.

—¿Me veis, o no me veis?—dijo, por fin.

—¡Nooo!... ¡Ya no te vemos!

—Bueno, pues sois unos imbéciles. Me voy con los míos. ¡Arriba España!



Y al par que el ingenioso cabo se metía de un salto en nuestras trincheras, una descarga inútil subrayaba el coraje de los chasqueados milicianos.

La avaricia rompe el saco

Cuento, por FRANCISCO FERNANDEZ-VEGUE

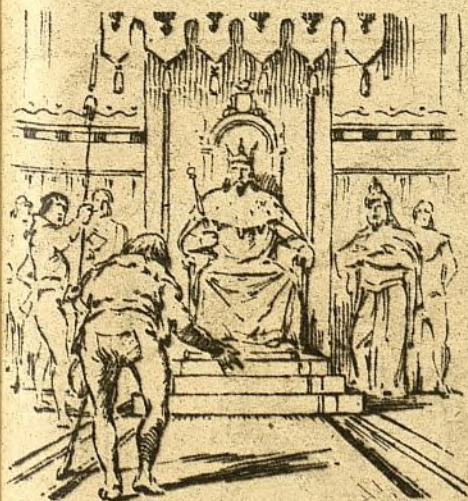
Había una vez un hombre tan rico como tacaño. Para imaginar su riqueza, debéis tener presente que era la viva estampa de la avaricia: de plantas silvestres se alimentaba, del desecho de los demás hombres se vestía, y, en fin, respiraba con tiento, con temor de malgastar el aire.



Su casa—por llamar de alguna manera lo que le servía de cobijo—era una cueva, a extramuros de una gran ciudad, capital de un gran reino. Había muchas casas, muchas cuevas como la suya en aquellos desmontes. Pero ninguna tan sordida y miserable. Sus vecinos, pobres de solemnidad e ignorantes de su riqueza, le socorrieron siempre.

Todas las noches, cuando todos dormían, el oro de sus monedas le desvelaba. Horas y horas las temblorosas manos acariciaban el precioso metal. Cuando el cielo se colaba por las rendijas, escondía su tesoro, tapándolo con una enorme piedra. Treinta años alternó esta ocupación con la de mendigo.

Una mañana en que, como de costum-



bre erraba por las calles, paró la atención en un pergamino fijado en el paraje más céntrico. Tratábase nada menos

que de un edicto, firmado de puño y letra del Rey, en que se convocaba a recepción en Palacio a todos los menesterosos del reino. ¿Quién con mejores títulos que él para acudir a la llamada? Nuestro hombre no lo dudó un momento. El día señalado, formó en la humildísima comitiva, prometiéndose las felices de la liberalidad y cristiandad del Monarca.

Llegados que fueron al salón del Trono. Su Majestad, sin otro discurso, comenzó a llamarlos separadamente, interesándose por sus necesidades, y socorriéndolos según la urgencia del caso.

Al comparecer el avaro, ante miseria tanta, no pudo menos que exclamar:

—¿Pero es posible?

—Ya lo veis, Señor.

—¿Cómo te llamas?

—Samuel.

Entonces el Rey, dirigiéndose a todos, les habló:

—Jamás sospeché un caso de pobreza como el de este hermano. En prueba de ello, quiero hacer una particular excepción con Samuel. Mañana, a la misma hora, venid los que compartáis en vuestros corazones la piedad que me inspira; yo os aseguro que recibiréis gran contento. Por lo que a ti respecta—añadió volviéndose al aludido—marcha confiado y da gracias al Cielo, que no tardará en mostrarte su infinita Misericordia.

Aquella noche ¡qué placer el del misero ante su fortuna! Fiado en la promesa de su protector, soñaba con acrecentarla, y los montones de oro, en alas de su imaginación, subían como la espuma. Cuando más ensimismado se encontraba, llamaron a la puerta.

—¡Abre en nombre del Rey!—se oyó una voz. El avaro guardó rápidamente su tesoro. Ya no dudaba que era llegado el instante ansiado. Desatancó la puerta, y salió de la cueva. No se engañó. A pocos metros de él, rodeado de lucido cortejo se hallaba el Monarca, quien por saludo le dijo:

—Recoge tus enseres y sube a mi carroza. Ya no volverás a tu vivienda miserable. Tu casa es mi palacio. ¡Vamos, pronto!

¿Qué oponer a tan nobles palabras? Samuel tornó a la cueva, y metiendo en un saco sus bolsas de oro, y haciendo intención mientras lo ataba de abandonarle con la vida, salió de nuevo. Todo fué bien mientras cubrió el camino el brillante cortejo. Mas, al llegar a las puertas de Palacio, cuando el avaro se disponía a entrar en el espacioso zaguán, he aquí que la pesada carga se abre y comienzan a rodar onzas de oro sobre el pavimento. Allí la confusión y la sorpresa. Algunos nobles, acudieron a las armas para cobrar la burla inferida al Rey, quien adelantándose a sus valedores, los contuvo en estos términos:

—¡Teneos! Dejad a mi arbitrio el castigo de este desgraciado. Cuanto más que, siendo mañana el día señalado para socorrerle, no permitiré que nadie se llame a engaño de mi palabra.

Y amaneció el siguiente día. Y los pobres generosos—que también puede haber generosidad en la pobreza—acudieron ante Su Majestad. Eran escasos en

número, pero eran los mejores, ya que la envidia y otros pecadillos, encerraron a los más en sus casas.

Samuel, vestido de riquísimas galas



y apretándose contra el saco, esperaba como puede suponerse el desenlace de la aventura. La voz del Monarca, derramóse bienhechora en estos términos:

—Este saco de oro, era la recompensa estipulada por mí, al más menesteroso de mis súbditos, vuestro compañero



Samuel, aquí presente. El se ha servido disponer—y todos debemos acatar su decisión, pues el dinero es suyo—que, tomeis cada uno tantas monedas como sean bastantes, para impedir que el peso de lo que dejéis pueda romperle nunca. Yo aplaudo su gentileza en vuestro nombre, y, ya sólo me resta recomendaros, tengáis presente en la memoria lo que bien conoce Samuel. La avaricia, rompe el saco.

Fin

HASTA LUEGO, HIPO

HASTA LUEGO, CERDETE, YO ME QUEDO AQUI...

VAMOS A VER
COMO
ESTA
ESTO

ME PARECE QUE
ESTE VINO SE TE
VA A SUBIR A LA
CABEZA, PERO
POR FUERA...

ME HAS COSTADO CARO... PERO SI ES VERDAD QUE NO PIERDES NI UNA PIEZA...

YO LE DIJE LA VERDAD, COMO VEIS...

mena

Luscinda, la gallarda heroína de la trágica tarde, por quien se jugaban la vida tres hombres enamorados, presidía la peligrosa prueba... ¡Entonces sí que refulgían de un modo extraño sus ojos! El orgullo y el amor pronto al asomarse por sus verdes pupilas hacían que su belleza fuera semejante a la del Ángel del Mal... Por fin, y a una señal de la amada, partió a galope dispuesto a dar el peligroso salto, el ágil corcel de Pedro.

quien había querido ser el primero en acometer la disparatada empresa... Todos los ojos seguían con avidez al apuesto jinete, los rostros expresaban angustiosa impaciencia, mientras los corazones latían con fuerza como queriendo salirse del pecho. Sólo Lucinda, sonreía de una manera satánica, su vanidad se veía satisfecha, pues aquello era el

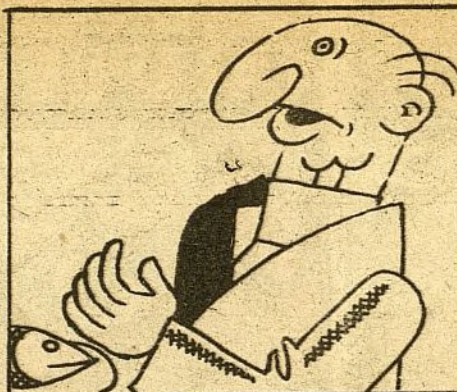
Un grito lleno de horror partió de todas partes.
Luscinda cayó desmayada.

Al apoyar el caballo sus patas en el borde opuesto del barranco después de la hazaña, la blanda tierra se había desmoronado a su peso, y ambos, corcel y jinete cayeron envueltos en tierra despediéndose por la negra sima, que semejante a desdentada boca de enorme monstruo apocalíptico, aguardaba con sus horribles fau-

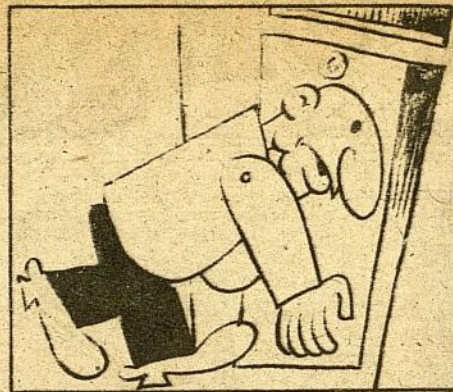
ces abiertas al infeliz amorador... Mientras los presentes se miraban atónitos, Luscinda, vuelta en sí de su desmayo, corría desenfrenada hacia el precipicio, gritando y riendo de un modo que daba espanto... había perdido la razón... Desde aquel funesto día se llamó a la honda sima «El Barranco del Jinete». — FIN. **Ramón Bas de Ronald.**

SENÉN MENTIROSO
BIEN POR BIEN
PRESENTA

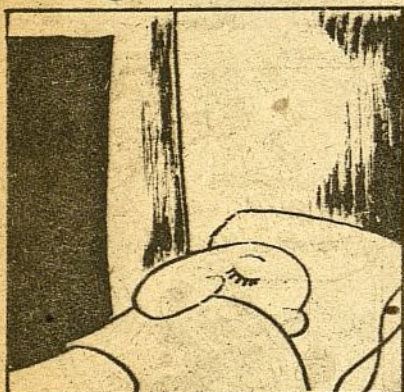
EL CHICHARRO FATAL



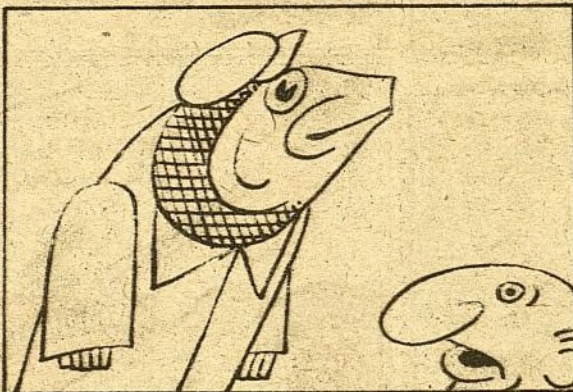
Sabeis, queridos lectores, que yo vivo, por desgracia, en una pensión. Esto quiere decir que estoy condenado a comer un día sí y otro también ese pescado tan desabrido que se llama «chicharro» o por otro nombre «jurel».



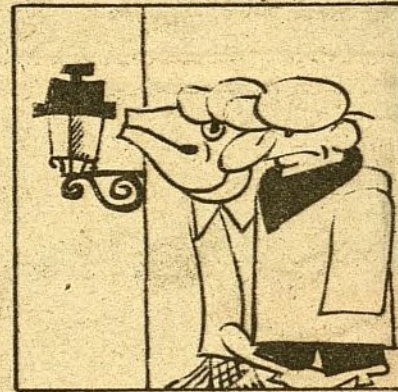
Una noche que había comido más *chicharro* de la cuenta y que, por lo tanto, me encontraba «achicharrado» me fui a mi cuarto mascullando groserías a propósito de la familia del pescado.



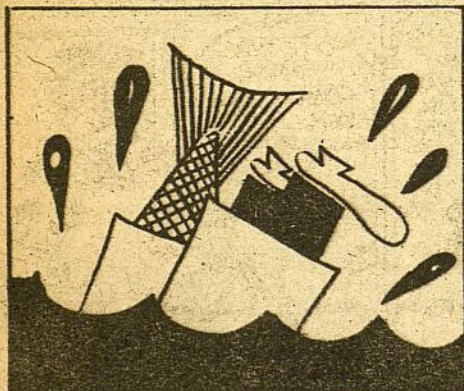
Quedé profundamente dormido. Aquel pescado que estaba en un avanzado estado de descomposición me producía un extraño sopor. ¡Sí, señor!



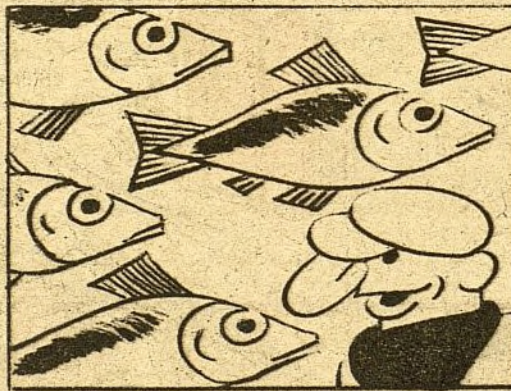
Un ligero ruido me despertó. Abrí los ojos y quedé pasmado. Ante mi hermosa vista aparecía un auténtico «chicharro» modestamente vestido pero con un aire muy altivo. Mi primera intención fué la de decir «¡qué asco!», tal como decía cuando me lo servían en el comedor, pero me contuve.



Hay que reconocer que aquel pescado era muy correcto. No pude por menos que, atendiendo a sus ruegos, vestirme y salir a la calle con él.



En pocas palabras me dijo que deseaba informarme de la vida de aquellos animales que tanto odiaba. Y después de una ligera vacilación, me zambullí con él en el mar. Estaba bastante frío. ¡Caramba!



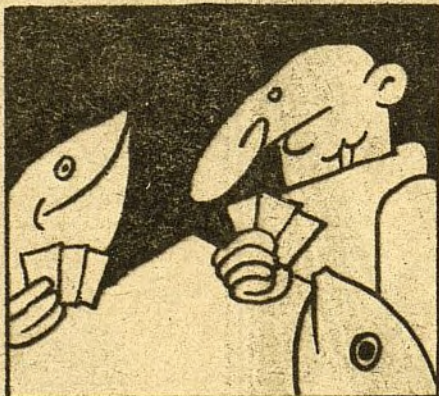
Una hermosa manada de «chicharros» desfiló ante mí entonando airosos pasodobles. Aquella nota simpática tuvo el poder de cautivarme. Reconozco que miré a aquellos seres con otros ojos y me arrepentí de haber hablado tan mal de ellos.



Pero todavía sentí mayor simpatía hacia ellos cuando me hicieron pasar al casino que allí se llama «Casa chicharra» y donde me presentaron varios peces gordos.



Uno de ellos, que era el que se hacía pasar por presidente, habló de mí en términos muy elogiosos y manifestó conocer mis aventuras muy a fondo (100 brazas).



Después pasamos a un salón y allí estuvimos jugando al julepe (que, entre paréntesis, es el juego que, después del peón, más me agrada) por espacio de dos horas y media.



Se me pasó el tiempo sin darme cuenta y cuando quise darme cuenta, me di cuenta de que me encontraba en la cama. Me levanté y me fui al comedor. La patrona me dió la cuenta y me dijo sonriendo: «Hoy, para variar, comerá usted *chicharro*». Y yo, ante la sorpresa de la patrona, hice un caluroso elogio de los pescados susodichos. He dicho.

(Texto y «monas» de ARDEL).

SANTOS E ESPAÑOLES

Beato Martín de Porres (1579-1639).—La madre España no sólo llevó a las recién descubiertas tierras americanas, la civilización y el progreso, se preocupó de plantar en aquellas regiones el cristianismo, la fe profunda,

característica de la raza hispana, que germinó por el nuevo mundo en brotes magníficos de santidad.

Martín, mestizo, hijo de un noble caballero burgalés y de una esclava panameña, peregrinó en su niñez en viajes de negocio con su padre de Lima a Guayaquil y de nuevo a Lima, su patria, donde aprendió el oficio de barbero y de sangrador con algo de la cirugía de aquel entonces.

Salió hábil en el arte y pudo fácilmente ganarse una vida holgada. Renunció sin embargo al mundo y se metió en el convento de dominicos en el estado humilde de hermano lego.

Pobre nació y en la pobreza quiso vivir y morir, aunque rico en santidad y virtudes. Nunca tenía más de una túnica de jerga dura, se disciplinaba tres veces cada noche con cadenas de hierro, látigos de cuero y varas de membrillo y en su humildad se llevaba de alegría al oírse llamar con aprecio mulato hipócrita y enañador. Para sustento nunca admitía sino hierbas y raíces.

Así no hay que extrañar que su vida se desarrollara toda en medio de prodigios celestiales. Se paraba a oscuras por el claustro azotándose y cuatro ángeles le acompañaban iluminando su camino. Al ver al Crucifijo, quedaba extasiado y se levaba hasta abrazarse con la imagen divina para escuchar los latidos del corazón de Cristo. Enfermero solícito, sabía por inspiración del cielo los sesos de los enfermos y hacía germinar y dar frutos en pleno invierno a los árboles del huerto para complacer a los que tenía cuidando en la enfermería.

Contento siempre, aún en las enfermedades, repartía alegría en su dormitorio y los letrados de Lima, el virrey y el arzobispo venían a consultarle sus negocios y el pobre fr. Martín daba consejos tan acertados como los diálogos de la Universidad, sin él darse cuenta de que en ocasiones disertaba con la profundidad y maestría de los mejores sabios de su tiempo.

Es que de antemano gustaba las delicias de la gloria a que voló gozoso, en la sencillez y tranquilidad de niño, que le había distinguido durante toda su vida y le acompañó hasta sus últimos instantes.



Fr. D. Alarcía O.S.B.

ASES DEL



FUTBOL



Escolá



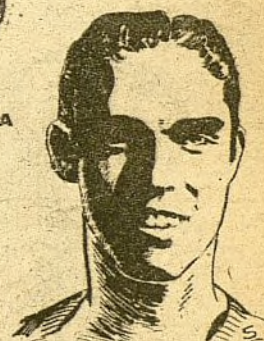
Sospedra



F. C. BARCELONA



Rosalench



Martín

FILATELIA

Para "Glorias Patrias"

Seguendo al sol

COLOM

Acabada la protección de la que había de venir mundo jamás oyó. El escena que representaba la laucha que en la última bendición del tiempo arrastraba por empuja y relas por es en me zante guas

ESPAÑA 25 CTS.



Isabel, en poco tiempo estaba ya presta la cargada con las más grandes noticias que día 3 de Agosto del año 1492 tuvo lugar a este sello. Confesados y comulgados les había de conducir a las naves, redición de un fraile franciscano. Al caban pausadas las naves, suavizadas por el viento que henchía popa. Y aquí las tenéis las tres dio del mar inmenso sin más que la planicie infinita de que se extendía a sus ojos. Al lado de este hermoso sello podéis poner este otro también de España que representa la "Capitana" de la pequeña escuadra de Colón.

Ya lle van mucho tiempo navegando; la tripulación rumorea contra el Almirante extranjero y soñador que ha llevado a aquella empresa que ha de acabar todos ellos. Colón ha de valerle de toda clase artificios para lograr que su gente quiera seguir esperando siquiera unos días más. Por fin les pide último plazo: Tres días. Si pasados esos tres días llegan a tierra, se volverán para España. Iban pausados, desesperantes para Colón aquellos días



sin ver ningún indicio de tierra cercana. Pero al amanecer del tercer día vieron aves que anunciaban la proximidad de la tierra de donde habrían emprendido el vuelo por la mañana. Luego vieron unos maderos, pajas y otras cosas así, nadando sobre la agua. Por fin al atardecer tenía lugar la escena que os representan estos sellos. En el primero están el almirante y Alonso Pinzón. Capitán de "La Niña", mirando ansiosos hacia Oriente, donde se podían divisar confusamente unos lejanos montes. En el segundo, de Nicaragua, Colón desde su "Capitana", mira alborozado la tierra ya más cercana. Todos los tripulantes de su "Capitana" se muestran alegres y hay quien de rodillas da gracias a Dios por haberles concedido el gran beneficio de hallar una tierra nueva para los reyes de España.

A la mañana siguiente ya sólo se trataba de encontrar en la costa un lugar a propósito para verificar el desembarco. Unos momentos y con un gozo indecible y en medio de una emoción que no les dejaba pronunciar palabra, confían el pie en tierra los dichos navegantes. Muchos son los sellos, hermosos todos ellos, que conmemoran este hecho cumbre en la vida de Colón y aun de toda la historia de España. Nuestra Patria tiene también esta escena en un sello en cuya confección parece que puso todo su cariño e interés. Volcó en el arte y galanura y se esmeró en que fuese acabada la impresión y resultó una pieza sin igual, de un grabado perfecto, de acabada línea y vigoroso rasgo. La lástima es que la impresión no fue ejecutada con máquinas españolas. Es el de 10 pesetas de 1930. El de 4 pesetas tiene la misma escena. Ambos son algo caros: el de 4 pesetas valdrá unas 15 pesetas y unas 20 el de 10.

Aun los que tengáis arrestos para adquirir esos sellos, no estará mal que pongáis en vuestro álbum algún otro de la misma escena, ya que se trata de un hecho tan trascendental. Uno de esos sellos podría ser el de El Salvador. Otro más hermoso nos presenta la república de Honduras. Ya que se trata de un hecho que tanto desvela sobre todos los hechos históricos de España y aun del mundo entero, me voy a tomar la libertad de señalarlos varios, para que el que quiera pueda ponerlos todos en la colección de "Glorias Patrias".

- Estos son los sellos que podéis poner:
- 1.º España, 1930. 30 céntimos.
 - 2.º " 1930. 25 " rojo carmin.
 - 3.º " 1930. 15 " azul.
 - 4.º Honduras, 1892. 2 " " Pinzón y Colón mirando la tierra.
 - 5.º Nicaragua, 1892. 1 " castaño-amarillo. Colón mirando la tierra.
 - 6.º España, 1930. 4 pesetas, azul denso y negro. Desembarco.
 - 7.º El Salvador, 1892. 1 céntimo, verde.
 - 8.º Trinidad, 1898. 2 pesos, violeta-castaño.
 - 9.º Costa Rica, 1923. 20 céntimos azul.

Queda a vuestra disposición para cuanto gustéis, vuestro afmo.

Carpiñ

de la Directiva de A. F. H. A. (S. I.) apartado 4.
Santo Domingo de la Calzada (Logroño).

CUENTOS DE Mari-Pepa

AL TROTE

A

PESAR de nuestro anterior fracaso, Mari-Chari y yo no habíamos desistido de nuestros propósitos y como ya teníamos el consentimiento de Lorenzo para sacar el borriquito durante el recreo, sin perder un minuto nos dirigimos a la cuadra. Esta vez «Casimiro» estaba ya despierto y levantado sobre sus cuatro patas.

—Buenos días—saludé alegremente, pasándole la mano por el lomo.

Mari-Chari, que todavía tenía dolorida la parte maltratada por la coza, se mostró menos cariñosa que yo, pero también más prudente que la víspera. Por todo arreo, atamos una cuerda alrededor del pescozo de «Casimiro» y colocamos una albarda sobre su cuerpo. Mari-Chari me ayudó a montar y yo auxilié a mi amiga, con lo cual quedamos las dos encaramadas sobre nuestra cabalgadura.

—Empezaremos por ir juntas que da menos miedo—dije a mi compañera—y luego, cuando hayamos tomado confianza con el borrico, nos ejercitaremos una a una.

—Habrá que aprender a saltar obstáculos también—opinó Mari-Chari. Yo vi una vez un concurso hípico precioso. Los caballos saltaban sobre unos estanques pequeños y sobre unos arbustos... mira, como estos del jardín.

—Aun es demasiado pronto para esas filigranas—respondí yo, al tiempo que tiraba del ronzal para poner en marcha nuestra cabalgadura.

—¡Arre, arre, «Casimiro»!... Sin duda alguna estaba de buen humor aquella mañana, porque se puso en marcha con un trotecillo muy alegre. Dimos unas vueltas por el lado de la huerta, sin acercarnos demasiado al patio para que no nos vieran las Madres ni las demás niñas, en cuyo caso Lorenzo recibiría una buena regañina y nosotras sendos castigos. Mari-Chari y yo habíamos perdido el miedo e íbamos tomando confianza.

—¿Sabes que se va estupidamente?—exclamé entusiasmada. Como que le voy a decir a papá que me compre un borriquito para venir al colegio, en lugar de tener que coger ese tranvía tan antipático que va siempre lleno hasta los topes.

—¿Y cómo lo ibas a tener en tu casa?—preguntó Mari-Chari.

—Le prepararíamos una cuadra en el lavadero.

—¿Y las escaleras?

—¡Bah! Con meterlo en el ascensor...

—No cabe.

—Te digo que sí... Y para más seguridad, mañana traeré un metro y lo mediremos. Además que hay burros de diferentes tamaños y todo sería cuestión de elegir uno que nos conviniera.

—Pero tú crees que el portero te dejaría meter el animalito en el ascensor?

—No le quedaría otro remedio, porque en el reglamento que está escrito en el portal dice solamente: «Prohibido subir a los menores de doce años que no vayan acompañados de una persona mayor». Y dime tú, ¿cómo va el portero a saber los años que tiene un asno?

Mari-Chari se quedó sin saber qué replicar. Y yo, que había permanecido

con la cabeza vuelta hacia atrás mientras hablaba con mi amiga, recobré la postura normal. ¿Por qué misteriosa casualidad el borrico, abandonado a su propia iniciativa, se encontraba junto a la puertecita de la huerta que da a la calle? No lo sé, pero puedo asegurarme solemnemente que yo no tuve la menor participación en aquella atrevida escapatoria. «Casimiro» atravesó con paso decidido la susodicha puerta y, emprendiendo un trote cada vez más animado, se lanzó por el intrincado laberinto de calles. De nada valieron nuestras voces, nuestros gritos, ni los estirones de la sogueta que se anudaba a su cuello. «Casimiro» haciendo honor a su raza, era de una testarudez invencible. Cuando nos cansamos de chillar:

—¡Sooo!... ¡sooo!... ¡sooo!...

Mari-Chari aconsejó un remedio heroico.

—Vamos a bajarnos al suelo.

—¿En marcha?—... Papá dice siempre que es peligroso bajarse así de los tranvías.

—No hay otro remedio. Cierra los ojos y vamos... A la de una... a la de dos... y a la de tres...

¡Pia! Un pequeño coscorrón contra el empedrado y ya estábamos abajo.

Agarrando el extremo del ronzal, tiramos con todas nuestras fuerzas para hacer dar la vuelta a «Casimiro». Y él empeñado en seguir trotando... y nosotras, tira que tira en sentido contrario... Y él vuelta a oponerse.

Se estableció un verdadero pugilato entre «Casimiro» de un lado y Mari-Chari y yo del otro. Para aumentar nuestras fuerzas nos agarramos a una farola. Ya los chiquillos del barrio empezaban a formar corro en torno nuestro, aplaudiendo y gritando como si estuviesen en los toros. Y nosotras tira de aquí... y «Casimiro» tira de allá...

Hubo un momento en que nuestras fuerzas se agotaron. Mari-Chari y yo, encarnadas como tomates, sudábamos de una manera terrible. Entonces, se me ocurrió una luminosa idea.

—¡Agua!... ¡agua!... que ahora vuelvo—dije a mi amiga.

La dejé aferrada al farol y, de un brinco, me acerqué a una verdulería próxima. Arrojé unas perras sobre el mostrador y, agarrando dos enormes zanahorias, volví al centro de la calle. Ya era tiempo, porque Mari-Chari vencida por «Casimiro», se dejaba arrastrar por el suelo.

El efecto fue mágico. Acerqué las zanahorias a las narices del asno y éste abrió una gran boca para modelarlas. Con habilidad se las fui poniendo de tal manera, que no tuvo más remedio que volver grupas. Y, caminando así, yo con las zanahorias delante y «Casimiro» detrás tratando de alcanzarlas, regresamos nuevamente al colegio. Sonaba la campana dando fin al recreo.

—¡Menos mal!—suspiró Mari-Chari—¡llegamos a tiempo!...

—Toma—dije yo embutiéndole al borrico las dos anheladas raíces.

El se quedó mordisqueándolas y nosotras nos incorporamos a la fila de clase, como si nada hubiera pasado.

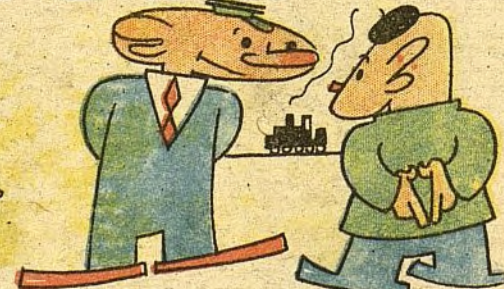
Mari-Pepa



PREGUNTA TONTA



—¿A QUE HORA SALE EL TREN DE LAS OCHO?



—A LAS OCHO EN PUNTO



QUE LISTOS SON ESTOS HOMBRES. SI NO FUESE POR ELLOS LLEGARIA UNO SIEMPRE A DESTIEMPO

GARGANTÚA Y PANTAGRUEL

(Continuación)

Gargantúa en acción.—Gargantúa salió de París con su séquito en el mismo momento en que leyó la carta de su padre. Apenas llegaron a los territorios de éste, supieron de la furia y crueldad de los invasores, que tenía aterradas a las pacíficas gentes de Grandgousier.

Volvió a montar Gargantúa en su descomunal borrica, decidido al ataque, y en el camino encontró un árbol muy alto y muy grueso, que arrancó fácilmente de la tierra, lo limpió de ramas, y dijo:

—He aquí lo que me faltaba. Este árbol me servirá de bastón y de lanza.

Llegó ante el castillo de la Roche-Clermauld, que le dijeron había sido ocupado por los enemigos, y

Gargantúa gritó con todos sus pulmones:

—¿Estais ahí o no estais? Si estais, vais a terminar; si no, nada tengo que deciros.

Estaban, en efecto; y un bribonazo de artillero le hizo un disparo de cañón, que vino a darle fuertemente en la sién derecha; pero le hizo tanto daño como si le hubieran tirado una uva.

¿Uvas o balas?—¿Nos tirais las uvas así?—volvió a preguntar Gargantúa. ¡La vendimia os costará cara!

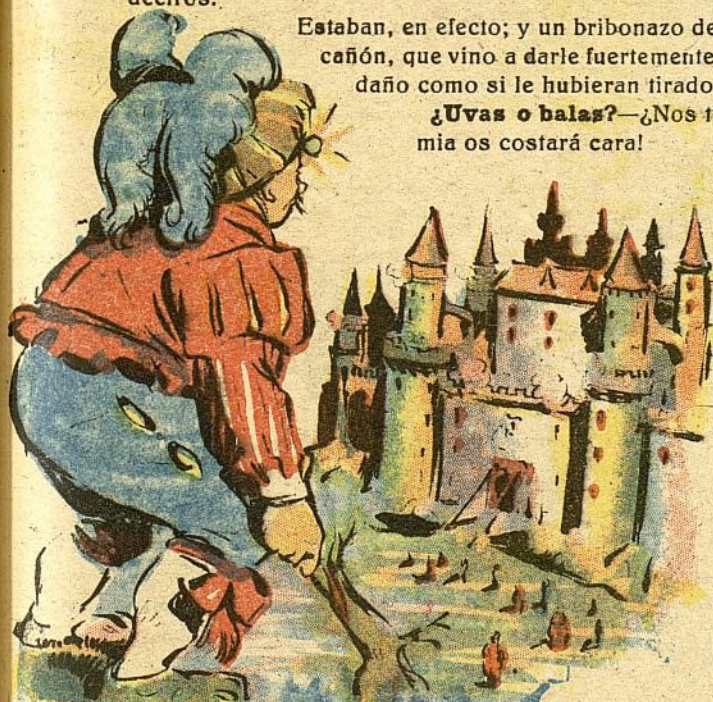
Entonces, desde la fortaleza, le hicieron 9.025 disparos de escopeta y arcabuz, enfilados todos a su cabeza. Cuando más tiraban, dijo:

—Ponócrates, amigo mío, estas moscas me agobian. Dadme un ramo de sauce para espantarlas. Ponócrates le advirtió que eran disparos que le hacían desde el castillo. Entonces marchó con su gran árbol, y a grandes golpes tiró al suelo torres y fortalezas, quedando aplastados y cortados en pedazos todos los que estaban allí. Arrollaron a cuantos invasores les salieron al paso y llegaron al castillo de Grandgousier,

quien le abrazó tiernamente. Gargantúa se arregló un poco, y al pasarse un poco el peine, que tenía cien varas de largo y estaba formado por colmillos de elefante hizo caer a cada golpe siete balas de cañón, que durante la lucha se habían enredado en sus cabellos.

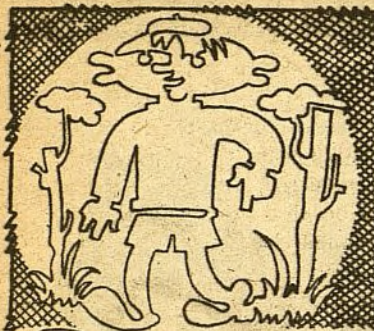
Para celebrar su feliz arribo al castillo paterno ordinaria, para la que fueron asados 16 bueyes, 3 terneros, 598 cochinillos, 220 perdices, 6.000 pollos, 1.400 liebres, etc., etc., y la mar de verduras, todo ello bien regado con buen vino.

(Continuará).





Mesa REVUELTA



C OPIAD este dibujo de un solo trazo y sin levantar el lápiz del papel.

JUEGO DE PALABRAS

Por OASAS

◆ ◆ ◆ ◆ Señal o marca.

+

◆ ◆ ◆ ◆ Sil.

El toño, funcionario público.

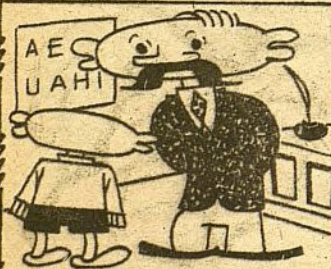


Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte un nombre de fama universal.

PASATIEMPO



¿Qué pusiste al vestido?



—Vamos a ver, citame cinco animales de la región polar.
—Tres osos y dos focas.

TARJETA

Alvaro Claves

Pueblo de Valladolid



TIRO AL BLANCO

Si queréis pasar un buen rato, bastará que de un cartón hagáis una diana como indica el dibujo. Unas agujas enhebradas os servirán de flechitas, que lanzadas desde la distancia de dos metros irán poniendo a prueba vuestra puntería.

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

AL CRUCIGRAMA. horizontales: 1. Efe. Esa. 2. La. Lis. 3. E. T. 4. Ge. I. 5. Al. I. 6. No. L. 7. Ti. O. 8. Espátulas. Sainetero. Verticales: 1. Elegantes. 2. Fa. Eloisa. 3. E. Pl. 4. An. 5. Te. 6. Ut. 7. El. Le. 8. St. Ar. 9. Astilloso.

AL LOGOGRIFO: Retratos.

A LA TARJETA: Valdecarras.

AL TRIANGULO: Caracola. Ratero. Coro. La.

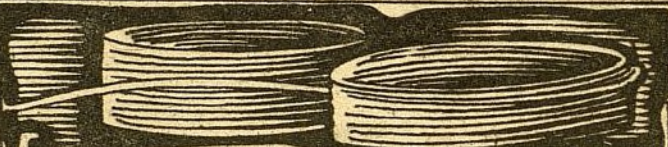
AL ROMBO: P. Pan. Pavor. Non. R.

AL JEROGLIFICO: Mi familia llega esta noche.

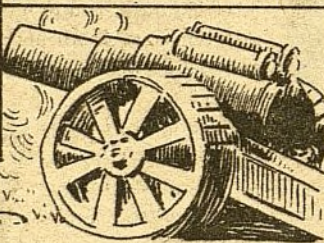
AL ROMPECABEZAS: Huye de la multitud y tendrás quietud.

AL PASATIEMPO: Caliope.

AL JUEGO DE PALABRAS: Camilla.



L El primer alambre de hierro se fabricó en Nuremberg el año 1351.



E N un minuto, el estampido de un cañonazo hace 2.280.000 vibraciones



D ESEARIA una corbata.
—¿Como la mía?
—¡De ninguna manera! La quiero nueva.

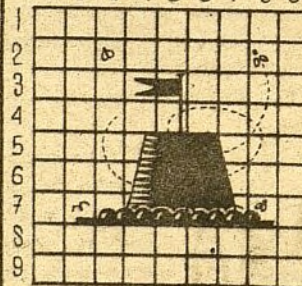
TRIANGULO

00 00 00 00
00 00 00
00 00
00

Cambiad los grupos de ceros por sílabas y leeréis: 1. La que vende pan. 2. Que acaba de venir al mundo. 3. En la mano. 4. Grito deportivo.

A.

CRUCIGRAMA por M. A.



Horizontales: 1. Género gramatical. 2. Marchar a un lugar. Bebida de aguardiente. Consonante. 3. A nivel. Consonante. Vocal. 4. Partícula inseparable. Consonante. 5. Nota musical. Vocal. 6. Dativo y acusativo de pronombre. segunda terminación verbal. 7. Consonante. Vocal. 8. Nombre de varón. 9. Hace la señal de la cruz.

Verticales: 1. Balcones cerrados con cristales. 2. Instrumento para labrar, en plural. Nota musical. 3. Consonantes. Proposición. 4. Interjección de duda. Al revés, segunda persona. 5. Apócope de uno. Pronombre de segunda persona. 6. Flor heráldica. Al revés, octava letra del alfabeto. 7. Al revés, afirmativa. Iniciales. 8. Punto cardinal. Vocal. Diptongo. 9. Nombre de varón, en plural.

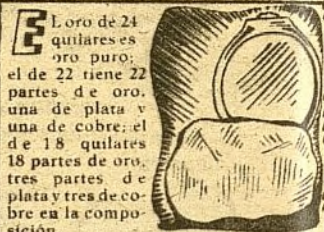
ROMBO

0
000
00000
000
0

Cambiad los ceros por letras y podréis leer: 1. Punto cardinal. 2. Del verbo raer. 3. Flor. 4. Viajar hacia un lugar. 5. Vocal.

LOGOGRIFO

123456789 Mujer que peina.
45696785 La que sabe nadar.
9467889 Villa de Teruel.
874658 Pasear la calle.
12887 Animal doméstico.
1347 Arbol que produce los pñones
674 Tratamiento español.
58 Terminación verbal.
6 Cifra romana.



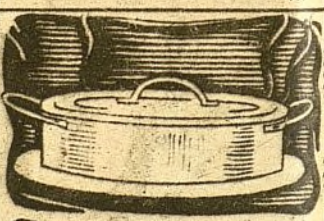
E L oro de 24 quilates es oro puro; el de 22 tiene 22 partes de oro, una de plata y una de cobre; el de 18 quilates 18 partes de oro, tres partes de plata y tres de cobre en la composición.

JEROGLIFICO

La comba A Nota

P 50 O Ta

¿Qué haces?...



C UANDO una cacerola esmaltada se ha quemado hay que llenarla de agua salada y ponerla al fuego, a fin de que el líquido hierva lentamente, de esta manera se van desprendiendo las partes quemadas y es fácil limpiarlas.

ROMPECABEZAS

Pu, Ro, Che, A, La, Lle.

Da, Ca, Ba, Su, O, Ro.

Refrán popular.



Una tercera parte de toda la superficie de la tierra está cubierta de sel.



Esta niña espera a tres amigas. ¿Sabéis vosotros donde se encuentran en este momento?

CARMELO

COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES

ORGULLO DE ESPAÑOLA

* Sus abuelos fueron héroes en la guerra de Cuba, su padre había sido asesinado por los rojos en Madrid, la viuda murió de pena; quedaron huérfanos Jaime y María del Carmen. El niño juró vengar a sus padres; en su sangre hervía valentía, era de familia de héroes y como tal había de portarse; combatió en la guerra, y como parecía que Dios quería reunirlos en su Gloria, se lo llevó entre gritos y vivas a su Patria.

María del Carmen se avergonzó de permanecer inactiva; no quería ser la única de su familia que no arriesgara su vida por España; por eso cuando recibió la noticia de la muerte de su hermano, no lloró, fijó su vista en el cielo, azul de tantas camisas de héroes y dijo: será uno más de la corte de José Antonio; ¡un lucero!

Trabajaba de enfermera en la vanguardia; sus manos se movían como palomas blancas para curar heridas; sus palabras dulces dieron el consuelo a más de un herido; cuando le daban un corto permiso, allá en su pueblito de Sevilla; no descansaba; ya hacía unos guantes de grusa lana, ya bordaba unas flechas rojas sobre el azul de una camisa o más bien oraba ante el altar de la Virgen del Carmen, que tenía adornado con jazmines y romero.

Las gentes que no comprendían cómo podía trabajar tanto, se desahucaban en habillitas y ella sonreía al saber era considerada como buena española y despreciaba a aquellas que no sabían lo que es Patria.

Pero llegó un día, el sol calentaba y a pesar del estruendo del cañón, las espigas se balanceaban más amarillas que nunca; el cielo muy azul, diríase que todo él se preparaba para recibirlo. Fué al auxiliarle un herido; una bala se le clavó en el corazón como un mensaje de muerte. Cuando la recogieron, una sonrisa iluminaba su boca, sus ojos, muy abiertos, miraban al cielo... ¿Queréis verla? Mirad de noche al cielo; es un lucero que brilla mucho y al mirarlo sentiréis el orgullo de ser de España.

Madrid.

María del Pilar Gállego
14 años.

EL FLAUTISTA

Por las calles del viejo Madrid, triste y taciturno, va caminando el flautista, al que todos llaman bohemio, ¡y a mí me da una lástima el verle soplar y soplar! Introduce la mano en mi bolsillo y sacando alegremente una peseta, que era todo mi capital, se la tendió al flautista. Al ver brillar la moneda de plata en su mano, sus ojos se tornaron de alegría; acercándose a mí, me dió un beso en la frente en señal de agradecimiento y me dijo:

—Gracias, peque.

—No, no es nada —contesté yo.

—Sí, para mí es mucho, pues esta noche podré cenar —me dijo.

Y moviéndome la curiosidad, le dije que me contase su vida. Nos sentamos en un banco, guardándose su flauta en un bolsillo, comenzó su relato así:

—Yo estaba casado con una mujer humilde y bella, que se llamaba María; la quería con todo el cariño de mi corazón y ella también me quería; éramos felices y su corazón era tan puro y bondadoso como el de una santa. Sus miradas llenas de ternura, me animaban a seguir tocando, hasta llegar al camino de la gloria. Yo en mi sueño era famoso; tuve una niña, que vino a la tierra como ángel bajado del cielo y se posó en la cuna; yo tocaba en torno de ella sin cesar, contemplándola el mismo tiempo que tocaba. Mi riqueza era la flauta; unas veces sonreía y otras lloraba y las noches adornaban la cahedera de la cuna con sus sueños; yo también soñaba que llegaría a ser un gran artista. Era muy envidiada; sus ojitos negros como el azabache y pelito rubio, su boquilla roja como las rosas castellanas... Yo la miré y dije: ¿Se murió? Dos lágrimas brotaron de mis ojos y dije sollozando: ¡Ah! pero es el mundo tan traidor, que me arrebató a mi mujercita, a su queridísima madre?

Los sollozos no le dejaban hablar y sacando un pañuelo bordado por las manos de la santa, se enjugó las lágrimas y triste y taciturno se perdió por las oscuras calles del viejo Madrid.

J. Sánchez
12 años.

CHISTE

Había una vez una mujer en un balcón, que estaba gritando:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

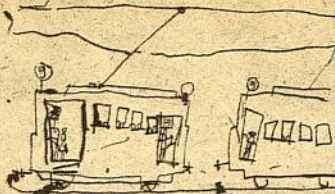
A los gritos de aquella mujer se llenó la calle de gente, que le preguntaron:

—¿Qué le pasa a usted?

Pero la mujer seguía gritando, sin hacerles el menor caso. Entonces la gente, puesta que no contestaba, llamó a unos guardias, los cuales subieron al balcón y le preguntaron qué le ocurría, ella tranquila contestó:

—¡Si a mí no me pasa nada! Es que estoy llamando a mi hermana Socorro.

Enrique Marra.



Paquillo Esteve
5 años.—Madrid.



Carmen Fontova
11 años.—Cervera.



Mary C. Molina
4 años.—Madrid.



Guillermo Sugue
11 años.—Madrid.



Ignacio Elizasu
13 años.—Herrera.



José Lujan Ortiz
12 años.



Juan Olivella.
14 años.—Tarragona



José Sánchez
13 años.—Madrid.



Pedro Turell C.
13 años.—Sabadell.

Eduardito Arribas
7 años.—Madrid

Berta Gayarga
7 años.—Arriendas.



Demetrio Montero
11 años.



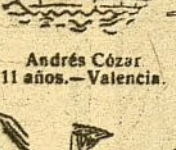
M.ª A. Velázquez
6 años.—Madrid.



Luis Mantecón
13 años.—Arizcun.



Andrés Cózar
11 años.—Valencia.



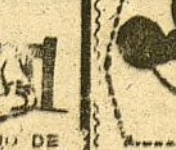
Secundino Rodríguez
14 a.—Ribadesella.



Francisco Calvo
13 años.—Ejea.



Rosario Peinado
13 años.



Arturo Neira
11 años.—Lugo.

A. Anado



Maria Oliu Roig
12 años.



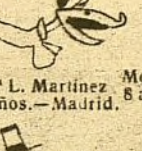
Juan Peña Aguilar
11 años.—Málaga.



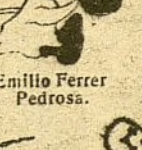
Rosario Ramírez
11 años.—Madrid.



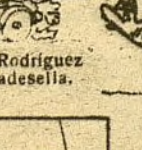
Bienvenida Galdón
8 años.—Siles.



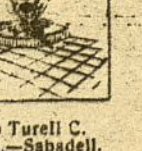
M.ª L. Martínez
10 años.—Madrid.



Montserrat Ferrán
8 años.—Cervera.



Leticia Milans del B.
12 años.—Madrid.



Bejarano Galdón
11 años.—Siles.



María Oliu Roig
12 años.

Francisco Calvo
13 años.—Ejea.

Rosario Peinado
13 años.



Rafael M. rñez
8 años.—Madrid.



Pepita Hernández
12 años.—Adra.



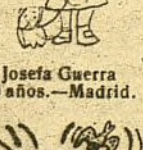
Luis Vicario.



Montserrat Amigó
10 años.—Barcelona.



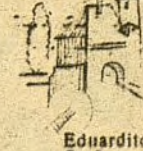
Montserrat Ferrán
8 años.—Cervera.



Leticia Milans del B.
12 años.—Madrid.



Bejarano Galdón
11 años.—Siles.



María Oliu Roig
12 años.



Francisco Calvo
13 años.—Ejea.

Rosario Peinado
13 años.

Arturo Neira
11 años.—Lugo.



Rafael M. rñez
8 años.—Madrid.



Pepita Hernández
12 años.—Adra.



Luis Vicario.



Montserrat Amigó
10 años.—Barcelona.



Montserrat Ferrán
8 años.—Cervera.



Leticia Milans del B.
12 años.—Madrid.



Bejarano Galdón
11 años.—Siles.



María Oliu Roig
12 años.



Francisco Calvo
13 años.—Ejea.

Rosario Peinado
13 años.

Arturo Neira
11 años.—Lugo.



Rafael M. rñez
8 años.—Madrid.



Pepita Hernández
12 años.—Adra.



Luis Vicario.



Montserrat Amigó
10 años.—Barcelona.



Montserrat Ferrán
8 años.—Cervera.



Leticia Milans del B.
12 años.—Madrid.



Bejarano Galdón
11 años.—Siles.



María Oliu Roig
12 años.



Francisco Calvo
13 años.—Ejea.

Rosario Peinado
13 años.

Arturo Neira
11 años.—Lugo.



Rafael M. rñez
8 años.—Madrid.



Pepita Hernández
12 años.—Adra.



Luis Vicario.



Montserrat Amigó
10 años.—Barcelona.



Montserrat Ferrán
8 años.—Cervera.



Leticia Milans del B.
12 años.—Madrid.



Bejarano Galdón
11 años.—Siles.



María Oliu Roig
12 años.



Francisco Calvo
13 años.—Ejea.

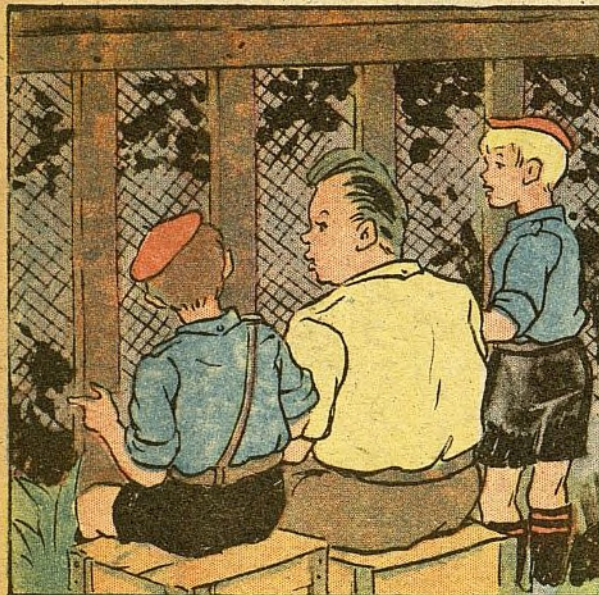
Rosario Peinado
13 años.

Arturo Neira
11 años.—Lugo.



HECHOS y HAZAÑAS de DOS FLECHAS

TEXTO ORIGINAL DE VALLE



El malhumor de nuestros flechas se iba desvaneciendo a medida que las monerías de los simios embargaba por completo su atención.

Toda una familia de cuadrumanos se acercó confiadamente junto a la jaula donde se hallaban, y cómodamente pudieron ver las costumbres, juegos y riñas de aquellos animales que tanto gustaban a los dos flechas.

El más chiquitín de los simios, iba abrazado a su madre, muy entretenido en buscarle entre el pelo los parásitos.

Pronto se cansó la autora de sus días de la tenaz «búsqueda» del pequeño y exteriorizando su protesta



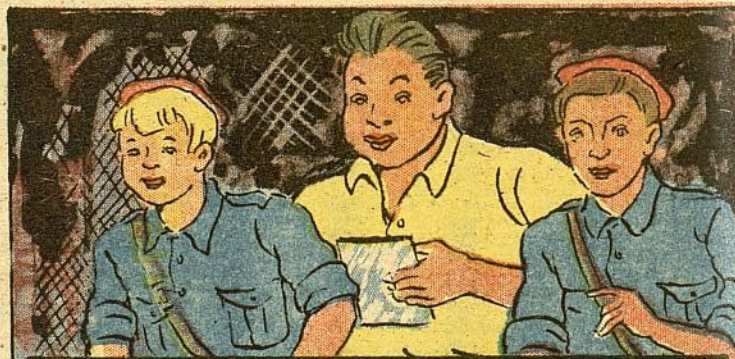
mediante sonidos guturales, que ellos solos podían entender, logró que el chiquitín cesase en su «limpieza» y se entretuviera en otra ocupación peor: trepar por la espalda de la madre en un constante trajín de un lado a otro, enroscando la larga cola en el cuello de la mona, que sulfurada de las travesuras de su hijuelo, terminó por depositarlo en el suelo, con violentas sacudidas, sentarse tranquilamente y junto al nacimiento



to de la cola, suministrar al revoltoso una buena azotaina, mezclada con gestos grotescos de enfado y discordantes chillidos.

—Mira, tú—comentó Alberto verdaderamente admirado—le pega como una mujer a su hijo.

Los muchachos apenas podían contener la risa que el espectáculo les proporcionaban, regocijándose con la paleta y gestos del pequeño castigado. Junto a ellos Cham-



bón observaba con vivo interés la graciosa escena apuntando en un libro de notas las voces que intentaban plasmar los sonidos de los monos.

—Chambón—murmuró en su oído Albertito. ¿No podríamos cazar a ese pequeño? ¡Este es el que me gusta!

Paquito adivinando la petición de su hermano agregó:

—Tú dices que cazarlos es fácil. Ahora podrás demostrarnos que es verdad.

Chambón, viéndose tan seriamente comprometido por los pequeños no tuvo más remedio que contestar:

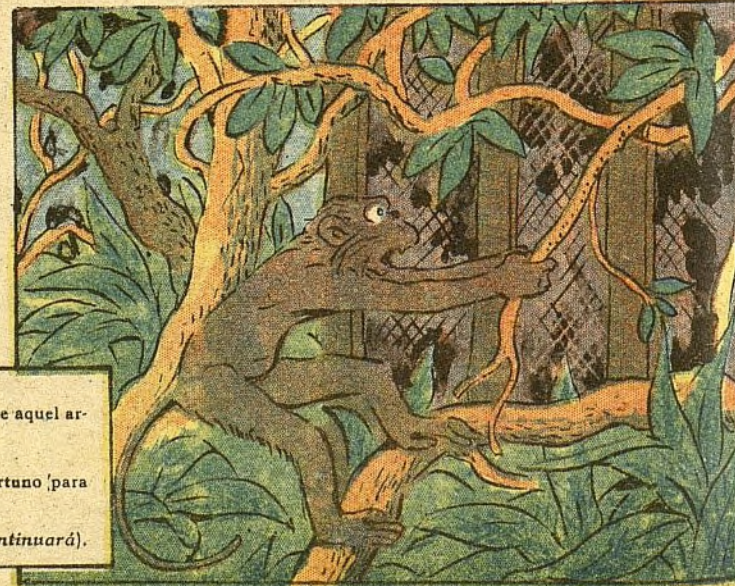


—¡Lo cazaremos!

Entretanto el monito, se había acercado considerablemente a la jaula, creyendo que aquel armatoste lleno de ramas era un árbol gigantesco.

Sus nerviosas manos cogían las hojas y ramitas tirando de ellas,

Prevenidos los indígenas, por Chambón, estaban acechando el momento oportuno para salir a por él.



(Continuará).